

VI

¿Qué era entre tanto del cuerpo de ejército que según el plan convenido debía invadir por Jauja en combinación con el del sud? Sin esta cooperación, la expedición era una aventura peligrosa. Arenales, encargado de la operación de la sierra, penetrado de su importancia, había urgido por la organización y apresto de su ejército; pero todos los empeños escollaron contra la falta de concurrencia de los auxiliares colombianos. El ejército á la sazón existente en Lima (diciembre de 1822) constaba de 460 artilleros, 4,900 infantes y 950 de caballería, de los cuales 280 chilenos, 2,000 colombianos y 4,000 peruanos; pero de estos últimos apenas 2,000 en estado de ponerse en campaña.

Contábase con los batallones de Colombia para completar el número de 4,000 hombres, necesario para emprender la marcha á la sierra. El jefe colombiano Paz del Castillo, que antes se había negado á unir su bandera con el ejército del sud, bajo el pretexto de no fraccionar su división, negóse igualmente á tomar parte en la operación, por no considerarla segura, invocando instrucciones de Bolívar (30). Instado á exponer sus planes, los ocultó con la pretensión de cooperar independientemente según su criterio, lo que importaba negar de hecho su cooperación y reservarse la dirección de la guerra. En seguida exigió que el jefe que mandase la expedición de la sierra, fuera un general hijo del Perú, con

(30) Instrucciones de Bolívar á Paz del Castillo de 15 de noviembre de 1822, en que le previene « no comprometer en ningún caso la división colombiana sin probabilidad de buen suceso ». (« Memorias » de O'Leary, t. XIX, pág. 397.)

el objeto de excluir á Arenales, único capaz de llevarla á cabo con éxito. Por último, hizo exigencias tales, formulando á la vez quejas tan sin fundamento, que el gobierno vióse obligado á denegarlas. Paz del Castillo, pidió entonces regresar á su país. El gobierno, por librarse de auxiliares tan incómodos, cuya mala voluntad era notoria, le proporcionó los transportes necesarios para trasladarse á Guayaquil. La división de Colombia se retiró del Perú, llevándose el batallón Numancia fuerte de 600 plazas, que se había incorporado á ella, después de causar al erario un gasto como de 190 mil pesos, de manera que, este auxilio debilitó y empobreció al país sin prestarle en esta ocasión ningún servicio (31).

Á pesar de estos contratiempos, comprendiendo Arenales que el ejército del sud podría ser sacrificado si fallaba la combinación acordada, estaba resuelto á expedicionar con poco más de dos mil hombres. Su plan consistía, en dirigirse á Nasca por agua, desembarcar allí á fin de cubrir el flanco izquierdo de Alvarado, y cortar ó flanquear las fuerzas que había dejado Canterac en Jauja (32). « Con tan débiles » elementos, dice él mismo, resolví mi embarque, para » emprender una marcha cuyo triunfo consistía más en la » celeridad que en la importancia de la fuerza, cuando llega » la funesta nueva de la derrota de Moquegua, y aparecen » los tristes restos que se salvaron, y á su cabeza el brigadier » don Enrique Martínez » (33).

(31) Carta de Guido (á la sazón ministro de guerra) á San Martín de 11 de enero de 1822, y correspondencia oficial de Paz del Castillo con el gobierno en noviembre del mismo. M. SS. (Archivo San Martín, vol. LVII). — Véase Paz Soldán: « Hist. del Perú Indep. » (2.º período), pág. 51 y sig.

(32) Carta de Arenales á San Martín, de 7 de abril de 1827 en Santiago de Chile. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

(33) « El general ciudadano J. A. Álvarez de Arenales á sus compatriotas de Chile y el Perú », op. de 5 pág. en fol. (impreso en Santiago de Chile en 1823).

Las derrotas de Torata y Moquegua produjeron más irritación que desaliento en el pueblo. El triunfo definitivo de la independencia, era un hecho que estaba en la conciencia de los peruanos. La opinión hizo responsable al gobierno del mal éxito de la campaña. El ejército de Lima, situado en Miraflores, se puso en verdadero estado de insurrección contra el congreso, y especialmente contra el triunvirato, movido por el partido de Riva Agüero. Arenales fué invitado á ponerse á la cabeza del movimiento ; pero este austero general, que no tenía más ley que la ordenanza militar, prefirió entregar el mando á su segundo, el general Santa Cruz, y se alejó por siempre del Perú. Los jefes del ejército unido, — incluso los de los Andes y Chile encabezados por el general E. Martínez, — dirigieron una representación al congreso, en que protestando sus respetos y obediencia al cuerpo representativo, pedían que Riva Agüero fuera colocado á la cabeza del gobierno (26 de febrero de 1823). Las milicias de Lima apoyaron esta representación. El congreso tenía que optar entre su disolución ó acceder á las exigencias de la fuerza armada, que era su único apoyo, faltándole hasta el de la opinión pública. Riva Agüero fué nombrado presidente pretoriano de la República Peruana (27 de febrero). El primer acto del congreso, después de este nombramiento, fué nombrar Gran Mariscal de los ejércitos del Perú, á Riva Agüero, coronel nominal de milicias, que no había asistido ni siquiera á una guerrilla.

La organización del poder ejecutivo era una necesidad de la época. Riva Agüero, rodeado de la popularidad, representaba el sentimiento nacional, y en él estaban depositadas todas las esperanzas de los aliados. El nuevo presidente, favorecido por las circunstancias y por el desprestigio de la administración anterior, correspondió á la expectativa en los primeros momentos, por su actividad y por las acertadas medidas que el instinto de la conservación indicaba. Su primer cuidado

fué reorganizar el ejército, dándole una base nacional, según la idea de San Martín. Santa Cruz, fué nombrado general en jefe, y Martínez de la división de los Andes y Chile. Reanudó las relaciones con Chile y se dirigió á Bolívar, aceptando su auxilio antes rehusado por el congreso. Ajustóse en consecuencia un tratado, por el cual el Libertador se comprometía á concurrir á la terminación de la guerra con seis mil hombres, que debían ser equipados y pagados por el Perú, quedando á su cargo el reemplazo de las bajas (12 de abril). El gobierno de Chile se prestó á dar un auxilio de 2,000 á 2,500 hombres equipados y listos y 1,500 fusiles á más de la división chilena que existía en el Perú (abril 26). San Martín desde Mendoza, activaba la organización de la división argentina, que debía operar en combinación por la frontera de Salta al mando de Urduinea. Al mismo tiempo llegaba la noticia de que los enviados del ex-Protector, García del Río y Paroissien, — abandonado el plan de monarquización, — habían realizado en Londres un empréstito de *un millón doscientas mil libras esterlinas* (valor nominal), que fué aprobado por el Congreso.

« El nuevo presidente, — dice el más autorizado y bien informado historiador peruano, — se encontraba, por sólo el » natural desenlace de los planes de San Martín, en capacidad de disponer de dos ejércitos auxiliares, y con suficientes » recursos para facilitar la marcha de los negocios. Él lo atribuía todo á sus combinaciones y cálculos; y como el vulgo » sólo ve los resultados, creía que á Riva Agüero se debía el » mérito del buen aspecto que tomaban las cosas públicas. » La vanidad dominaba á este mandatario y ella lo derribó » bien pronto » (34).

(34) Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. » (2.º período), pág. 73.

VII

Antes de transcurrir dos meses, el Perú contaba con un ejército nacional de 5,000 hombres, pronto á entrar en campaña, además de las divisiones auxiliares de Chile y la República Argentina, que alcanzaban como á 2,500 hombres (35). Esto demuestra, que la confianza de San Martín en los recursos del país para salvarse por sí, al tiempo de su retirada, no era ilusoria, y que movidos oportunamente y con acierto, sobre la base de 11,000 hombres que dejó organizada, habrían bastado para cambiar el aspecto de la guerra; quedando además la reserva de Colombia para reparar cualquier contraste. Con igual confianza, resolvió Riva Agüero repetir la operación de puertos intermedios con arreglo al mismo plan, pero en más grande escala, contando con la eficaz cooperación de Chile y de Colombia. El objeto era ocupar á Arequipa y Puno, para llamar el grueso de las fuerzas realistas hacia el ejército de operaciones unido, y batirlas en detall, mientras otro ejército compuesto de las tropas de las cuatro naciones aliadas invadía por Jauja, y ocupaba Huamanga, con el triple propósito de posesionarse de la sierra del centro, destruir la

(35) Según una carta del general en jefe de esta división, don Enrique Martínez, dirigida á Sucre con fecha 41 de mayo de 1823, publicada en la « Rev. de Buenos Aires », t. XIII, la fuerza argentina del ejército de los Andes á la sazón existente en Lima ascendía al total de 1,341 hombres y la chilena á 1,246, ó sea un total de 2,587 hombres. — En un estado de fuerza oficial, de fecha 31 de octubre de 1823, se da el detalle de las tropas argentinas en esta fecha de la manera siguiente: Regimiento Río de la Plata, 622 plazas; batallón núm. once, 351 ídem; Regimiento Granaderos á caballo, 253, á que agregando 64 jefes y oficiales, suman 1,290 hombres (Véase « Hist. del Perú Indep. » (2.º período), pág. 9).

fuerza enemiga que allí quedase ó perseguirla en su retirada, y obrar de este modo en combinación con el ejército expedicionario. Bolívar, consultado, aprobó el plan, y se comprometió á enviar los seis mil hombres ofrecidos. Chile prometió poner en las costas del sud del Perú el contingente de dos mil hombres convenido, facilitando el envío de los caballos necesarios para la expedición. Los realistas, que después de sus triunfos en Torata y Moquegua habían vuelto á sus anteriores acantonamientos, ignorantes de estos planes y de esta aglomeración de nuevos elementos, se preparaban mientras tanto á atacar á Lima.

La expedición de intermedios, fuerte de siete batallones, cinco escuadrones y ocho piezas de artillería, que sumaban más de 5,000 hombres, zarpó del Callao en los últimos días de mayo (14 al 25 de mayo). Componíase exclusivamente de elementos nacionales, para darle más cohesión, y evitar la rivalidad que se había despertado entre los cuerpos auxiliares y los del país. Su mando fué confiado al general Santa Cruz, llevando por jefe de estado mayor al coronel Gamarra. Por la primera vez el Perú tenía un ejército suyo, fuerte y compacto, mandado por generales peruanos. Esto exaltaba el sentimiento nacional, que era una nueva fuerza moral incorporada en sus filas. El general expedicionario, al tiempo de abrir su campaña, se presentó ante el congreso, y juró volver triunfante ó morir en la demanda. Ni triunfó ni murió.

Las primeras operaciones de Santa Cruz fueron más activas y acertadas que las de Alvarado. No se perdió tiempo. Á mediados de junio (17 de junio), estaba dominada toda la costa desde Iquique á Ilo, y el convoy expedicionario reunido en Arica. El mismo día, Canterac con un ejército de 9,000 hombres, bajaba de la sierra y se apoderaba sin resistencia de la capital. Todas las combinaciones quedaron así trastornadas por una y otra parte. El ejército del sud, encontraría

menor resistencia; pero tendría que obrar aisladamente como en la anterior campaña. La expedición á la sierra no era posible; pero en cambio los realistas ejecutaban un movimiento falso que no les proporcionaba ninguna ventaja militar, y daba tiempo á los independientes para rehacer sus planes sobre la base de dos ejércitos dueños de las comunicaciones marítimas, que podían transportarse rápidamente de un punto á otro á lo largo de las costas. Quedaba todavía el refuerzo de Colombia y el auxilio de Chile, que inclinaba la balanza del lado de los independientes.

Bolívar no participaba de la confianza general. Sea que se diese mejor cuenta de la situación militar ó que no viese la victoria allí donde él no estaba presente, el hecho es que veía más claro que todos, y que sus pronósticos se cumplieron al pie de la letra, si bien es verdad que preparando él los acontecimientos en el sentido de sus designios. Después de la desgraciada campaña de puertos intermedios, escribió á Alvarado, — á quien procuraba atraerse por la importancia que le suponía : — « La derrota de las tropas en Moquegua es » una consecuencia del estado anterior de las cosas. — No » podía ser menos. — Prueba de que yo había previsto este » suceso, es que ofrecí anticipadamente 4,000 hombres, y » mandé retirar nuestras tropas porque las creía pérdidas en » Lima. — La revolución es un elemento que no se puede » manejar. En más indócil que el viento. Usted ha sido víc- » tima de ella » (36). Combinada la nueva expedición, cuyo plan aprobó como el anterior formado por San Martín, dirigió á Sucre una de sus más notables cartas : « No son Can- » terac y Valdés los temibles : sus recursos, posiciones y » victorias, les dan una superioridad decisiva, que no puede

(36) Carta de Bolívar á Alvarado de 18 de marzo de 1823. M. S. aut. (Arch. San Martín vol. LVII.)

» contrarrestarse de repente sino lenta y progresivamente. » La expedición de Santa Cruz es el tercer acto y la catástrofe de la tragedia del Perú. Canterac es el héroe, y las » víctimas, Tristán (en Ilo), Alvarado (en Torata y Moquegua), y ahora Santa Cruz. Los hombres pueden ser diferentes, pero los elementos son los mismos, y nadie cambia » los elementos. No debemos contar más con la expedición » de Santa Cruz. La división de Santa Cruz no puede tomar » el Perú, y la que está en Lima no puede batir á Canterac. » Necesitamos reunir nuestras fuerzas para lograr un golpe » capaz de variar la suerte del país. Se me dirá que esto no » puede ser, porque no hay recursos ni movilidad. Replicaré, » que si no puede ser, no se haga nada. — Conviene hacer » un movimiento general con todas nuestras tropas reunidas, » y yo á su cabeza ; de otro modo las disensiones intestinas » serán nuestros vencedores. Este movimiento no deberá » efectuarse sino después de saberse que los españoles no » reconocen la independencia del Perú ; porque este caso » único es el que debe imponernos la necesidad de arrancar » con las armas una decisión ya dada por la política. Lo » diré más claro : perdida la esperanza, debemos buscar la » salud en la desesperación de un combate que, perdido, no » habrá añadido ni quitado nada al Perú ; y ganado, le habrá » dado la esperanza de ser independiente » (37). Tenía la visión clara del porvenir.

Guiado el Libertador por estas luces ó procediendo en el sentido de la previsión de los sucesos que él mismo preparaba, seguro como estaba de triunfar al fin de cualquier modo, apenas tuvo noticias de las derrotas de Torata y Moquegua, que ponían en peligro la existencia del Perú, despachó desde

(37) Carta de Bolívar á Sucre de 24 de mayo de 1823 (« Memorias » de O'Leary : « Cartas del Libertador », t. XXIX, pág. 277 y sig.).

Guayaquil una expedición de tres mil hombres, que ya tenía lista, la que debía ser seguida por otra de igual número, aun antes de celebrar el tratado de auxilios, de que antes se hizo mención. Su objeto era dominar militarmente el Perú, y tener la gloria de terminar por sí la guerra de la independencia. Por eso había rehusado el concurso de San Martín y retirado antes sus fuerzas del Perú; y por eso permanecía en Guayaquil, reconcentrado allí su ejército. Las instrucciones secretas que dió en consecuencia al jefe de las tropas auxiliares, estaban concebidas en este sentido. Poca importancia daba á la pérdida ó la posesión de Lima; pero consideraba que el Callao era la llave del Perú, y encargaba muy especialmente apoderarse á toda costa de sus fortalezas (ocupadas por los aliados), empleando en último caso cualquier estratagema militar, por ser base indispensable de todas las operaciones futuras, y el único medio de alejar la guerra del territorio de Colombia (38).

Para seguir de cerca el desarrollo de estos meditados planes, envió al Perú « su brazo derecho », — como él llamaba á Sucre, — con la investidura de ministro plenipotenciario. Su misión era tomar la dirección del ejército auxiliar y hacerse de hecho el árbitro de la guerra; preparar el terreno en el sentido de los designios secretos del Libertador de

(38) Instrucciones secretas de Bolívar al general Valdez, comandante general de la 1.ª división auxiliar del Perú, de 18 marzo de 1823. He aquí el texto de las instrucciones en la parte que á ellas se hace referencia en el texto: « Art. 4. — Si no creyese que la capital (Lima) puede » salvarse, hará esfuerzos extraordinarios por conservar el Callao á todo » trance, valiéndose de todos los medios imaginables para apoderarse » de él y conservarle. En último caso, empleará cualquier estratagema » militar. — Art. 6. La conservación de Lima es de grande utilidad; pero » la del Callao es de absoluta necesidad. Este puerto será la base de » todas las operaciones, y perdido habría un trastorno espantoso. La » salvación del Perú sería bien difícil, y Colombia vendría á ser el teatro » de la guerra que trata de alejar » (Memorias de O'Leary, t. XIX, pág. 477).

acuerdo con los partidarios de la intervención colombiana, y realizadas las calculadas previsiones, restablecer el equilibrio militar y hacer que fuese él llamado como un salvador. Los sucesos así preparados, le sirvieron aún más allá de sus previsiones.

Tal era la situación militar y la perspectiva general al tiempo de la ocupación de Lima por Canterac. La situación política, era más complicada aún.

VIII

La ocupación de Lima por los realistas fué un error, y no podía ser sino muy precaria. No les proporcionaba ninguna ventaja militar, desde que no tuviesen el dominio de las fortalezas del Callao ó de la marina. Además, facilitaba el desarrollo del plan de campaña por puertos intermedios. Era por otra parte un hecho previsto, fácil de neutralizar, que precipitó la crisis política, y al centralizar el poder militar en una sola mano, dió nuevo temple á las armas independientes. El gobierno se refugió en los muros del Callao, y el ejército de Lima se situó al amparo de sus fuegos. Sucre fué nombrado general en jefe. El congreso, compuesto heterogéneo de patriotas, godos y colombianos, se dispersó en parte, pasándose algunos de sus miembros al enemigo. La minoría parlamentaria, hostil á Riva Agüero, asumió la representación soberana, y llamó á Bolívar, con la investidura de generalísimo, confiriéndole amplias facultades para la salvación del país (19 de junio). Declaróse cesante en consecuencia la autoridad del presidente de la república en el teatro de la guerra para facilitar la acción militar, y Riva Agüero fué relegado á Trujillo como un fantasma de poder. Bolívar aceptó el nombramiento, declarando que « hacía